

EL PAÍS

SEGÚN ISAAC CHOCRÓN

O LA VENTA DE UN PAÍS

Leonardo Azparren Giménez

Después de diez años en el exterior, Isaac Chocrón se preguntó a qué país regresaba y cómo era su gente. Esas preguntas no las hizo el economista que era, sino el dramaturgo que se iniciaba. Fueron preguntas conflictivas y casi premonitorias sobre el comportamiento de los venezolanos ante el sentido de la responsabilidad.

A MEDIADOS de los años cincuenta del siglo XX, Venezuela comenzó a disfrutar del progreso basado en la riqueza petrolera y, poco después, a vivir el período democrático más largo de su historia, asentado en una riqueza que le garantizaba progreso y bienestar en libertad, guiado por el Estado. Era un país en poco o nada parecido al de las décadas anteriores.

¿Cómo podía ser el reencuentro con él, después de varios años en el extranjero? ¿Cómo percibir ese progreso y el modo de ser de sus ciudadanos? ¿Cuál es la escala de valores de quien, en nombre del progreso, tiene una visión mercantilista de su país? ¿Cuáles son las razones que pueden invocarse para vender un país al mejor postor? ¿Por qué sus habitantes pueden ponerle precio a su ciudadanía y a su libertad? ¿Cómo es ese país, mío pero no tanto?

No es aventurado suponer que éstas y otras preguntas rondaron en la

mente de Isaac Chocrón (1930-2011), cuando se reencontró con su país hacia 1955 después de una larga estadía en Estados Unidos. Entre 1945 y 1948 estudió en el Instituto Militar de Borden-town, de donde pasó a la Universidad de Syracuse para graduarse en Economía (1952) y, posteriormente, obtuvo una maestría en Relaciones Internacionales (1954) en la Universidad de Columbia. Después viajó a Inglaterra (1959-60) para estudiar un doctorado en Desarrollo Económico en la Universidad de Manchester.

Chocrón regresó con una formación pragmática y una clara vocación literaria, puesta de manifiesto en 1956, mientras trabajaba en el Ministerio de Relaciones Exteriores, con *Pasaje*, novela en la que relata el regreso a Venezuela de Ismael, después de estudiar economía en Estados Unidos, para encontrarse con un país que es «solo lluvia y sequedad», un clima; una raza; y una «cronología de los sucesos de

independencia». Ismael regresa a una patria «muy cambiada, muy moderna, muy divertida», sin tener claro por qué, pues lo hacía «no por la familia... ni por los amigos... ni por entregarse al servicio de la patria». Además, recibe un consejo: «Nuestra ciudad, nuestro medio, contrae, circunda, y al que no aprende a respirar a su ritmo lo asfixia». Sin obtener respuesta, un personaje pregunta: «¿Por qué se vuelve?».

El joven economista, de inmediato convertido en dramaturgo, optó por representar ésa y otras interrogantes sobre la identidad y el comportamiento del venezolano, a contracorriente del pensamiento optimista de la época. Su formación académica y su sensibilidad de escritor se conjugaron para observar al país en perspectiva y hasta premonitoriamente.

¿Cómo es el país?

En *El quinto infierno* (1961) el país es descrito por revistas turísticas como el

«país del mañana... el país de hoy». En Bordentown, Betsy, la protagonista, se propone dictar conferencias sobre Venezuela y escribir un libro sobre el país donde vivió, con el fin de tener rentas para vivir. Es decir, venderlo a quien compre su discurso: «He tratado de abarcar todo ese territorio, circundar con mis brazos todo ese pueblo, ceñir con mis palabras sus diez mil sensaciones. No para concluir ofreciendo una nítida respuesta o solución diagramada, sino para acentuar la necesidad de preguntar ¿por qué?». Pero fracasa en su intento, y termina por reconocer que los venezolanos son un pueblo que, «teniendo a su alcance cuanta fortuna es necesaria para formarse, puede por simple negligencia deformarse».

En *Animales feroces* (1963) Venezuela reaparece como un referente del problema de la identidad con el lugar donde se nace, cuando está planteado el regreso a él. Venezuela importa, en la medida en que el regreso ocurre por razones utilitarias: Sol quiere que su hijo sea presidente. Ella se exilió por razones personales, quería fugarse «no a París, sino de La Victoria», habiéndose convertido en extranjera porque se siente venezolana pero no se sabe venezolana. Por eso el reencuentro con el país y su familia le confirma una vida seriamente desajustada y, como respuesta, su rechazo, como le da a entender a su hija: «Esto te asfixiará, verás; esto cada día se volverá más pequeño, ¡más solitario! Créeme; bien lo conozco. Esto... ¡esto no es un país! ¡No lo es! ¡Esto es un clima! ¡Un clima cálido, pegajoso, húmedo, malsano!». En 1956, el protagonista de *Pasaje* había sido advertido de la posibilidad de esa asfixia.

Después de escribir sus primeras obras, en las que se interrogó sobre el comportamiento de los venezolanos, el 6 de enero de 1969 en una entrevista con Miyó Vestrini, en *El Nacional*, resumió su visión: «Vivir en Venezuela es un poco como leer *El Nacional* todos los días: 48 páginas llenas de la comidilla política diaria, que decepciona más y más. Son intrigas palaciegas, chismes de cocina. Lamentablemente con tantos líderes políticos, no hay ningún héroe de la política. Nadie puede decir: "este señor representa esto y quiere conseguir esto". No se sabe quién representa qué».

El comportamiento negligente aludido por Betsy y el rechazo de Sol al clima pegajoso y húmedo fueron dos dramas familiares. Chocrón dio

un paso social para analizar comportamientos colectivos, e hizo el planteamiento radical: un pueblo decide, democráticamente, deshacerse de sus responsabilidades y delegar en otros la tarea y el trabajo de llevar adelante su país. Lo vende para vivir de la renta: visión premonitory antes que pesimista, sobre un comportamiento nacional

En Asia y el Lejano Oriente (1966) Chocrón hizo un planteamiento radical: un pueblo decide, democráticamente, deshacerse de sus responsabilidades y delegar en otros la tarea y el trabajo de llevar adelante su país. Lo vende para vivir de la renta

una y otra vez verificado en las décadas siguientes. Por esto, la decisión de los ciudadanos de *Asia y el Lejano Oriente*, escrita en 1965 y estrenada en 1966, de vender a su país es el resultado de la descripción y el diagnóstico de su comportamiento colectivo.

Un país imaginario o real

Chocrón inventó un país llamado «Asia y el Lejano Oriente», ubicado en cualquier parte:

Mucha tierra y poca gente. / Minerales exportables, vegetales incalculables, / animales, animales / muy poco habituales. / Hay montañas más altas que la luna / y ríos más fuertes que el mar, / hay personas iguales que nosotros / que soñaban con tener real. / Plata cantante y sonante, / un cheque al portador, / recibió cada habitante / de esta región. / ¿Cómo lo consiguieron? / ¿Qué secreto descubrieron? / ¡Milagro de milagros! / Un buen día / recordaron / algo que poseían / y no necesitaban.

Ese país imaginario está colocado en un escenario desnudo, sin referencias realistas, para darle carácter universal a la discusión, aunque no es difícil identificar los comportamientos de sus personajes, poco amigos de correr riesgos y contradictorios sobre la posibilidad o no de vender el país, como lo afirma Preciosa, uno de los personajes principales: «Morir para volver a vivir es un riesgo, y no nos gusta el riesgo. Preferimos la venta». Este es el punto central del planteamiento de Chocrón: frente al riesgo de ser responsables, es mejor la comodidad y delegar tareas, no preocuparse demasiado y disfrutar el beneficio «sin haber hecho el más mínimo esfuerzo».

Preciosa sabe que con la venta, «ya no habrá nación. Habrá un fajo de billetes en cada bolsillo».

Los habitantes de ese país llevan una vida cotidiana sin sobresaltos, solo interesados en vivir tranquilos: «¡Si pudiésemos convertirnos en uno y dejar de ser lo que cada cual es, ganaríamos tanta tranquilidad!». Sus intereses son

inmediatos: saber que «la venta no incluye propiedades personales» como la casa de cada quien, aunque la venta los cambiará. Mientras Preciosa piensa en una pequeña rebelión, Pepe es más sensato: «lo más importante es no preocuparse demasiado. Todo se arreglará».

La preocupación de estos ciudadanos es práctica e inmediata: qué hacer con el dinero que les toque de la venta. Alguno piensa en comprar un carro, otra en viajar e irse lejos para que un millonario la mantenga; todos en estar bien o mejor que ahora. Son seres normales que pasean por el parque y son víctimas de algún arrebato; algunos, incluso, son burócratas en una oficina ministerial. La venta afianza la comodidad porque el beneficio se recibirá «sin haber hecho el más mínimo esfuerzo»; más aún, la compañía que comprará el país puede que contrate los servicios de algunos de ellos. No escapa a los ciudadanos de ese país imaginario el impacto de la venta, aunque lo consideran pasajero. De nuevo, Preciosa explica la situación: «Mira, si por ejemplo, que sé yo, si por ejemplo se efectúa la venta, verás cómo todos o al menos muchos sentiremos una cosa rara los primeros días. Después olvidaremos».

Son ciudadanos con una memoria frágil; no padecen el sentimiento de identidad y arraigo, ni tienen memoria histórica. Vender el país es solo una transacción más, sin implicaciones políticas y éticas. Los empleados de la oficina ministerial que tendrá la responsabilidad de preparar el plebiscito gastan el tiempo en rutinas: tomar café, pintarse las uñas, ir y venir de un escritorio a otro, sin siquiera darse cuenta de que el tiempo transcurre. Cuando alguien sugiere trabajar, la respuesta es en qué, puesto que en todas las oficinas se hace lo mismo: «Ésa es la comodidad de trabajar con

el gobierno». Mejor es apostar en una rifa sobre el número de votos a favor de la venta; así tendrán «la oportunidad de recibir más dinero de lo que les corresponderá en la venta». Cuando Preciosa pregunta si el pueblo quiere la venta, la respuesta es «menos habladera de política»; ellos son empleados públicos que no pertenecen a ningún partido político y son independientes, «¡divina condición!».

La venta será una tarea burocrática, para la cual aglutinan 16 dependencias oficiales en una, que organizará el «plebiscito que determinará la conducta a seguir por el país». Como tal, será «un

Los habitantes de «Asia y el Lejano Oriente» autodeterminan su desaparición como nación y se adelantan al futuro, porque la desaparición de la nación con la venta anticipa la creación de las grandes unidades regionales e internacionales que superarán la «fragmentación nacionalista»

hecho nacido de la aglutinación masiva de las opiniones mayoritarias del país».

Una venta democrática

Sin mayores discusiones sobre los motivos por los cuales quieren vender el país, y al tanto de que la idea surgió en la oficina de un ministerio anónimo, los ciudadanos del país imaginado por Chocrón sí saben que la decisión debe ser democrática, por lo que organizan un plebiscito para legalizar y legitimar la decisión. El procedimiento es lo más importante, y Chocrón emplea un lenguaje que ironiza el usado por instancias burocráticas.

El plebiscito es reseñado como el evento entusiasta de un pueblo que ha participado, desde todos los rincones del país, para «depositar su opinión en los computadores», poner al país en el mapa mundial y ser respetados en el extranjero. Después de realizado, el presidente se dirige a la nación:

¡Conciudadanos, concurro ante ustedes para participarles el resultado de esta magna empresa, orgullo de todos, blasón de todos, honra de todos, milagro de todos! El entusiasmo reinante en el país, en esta capital, ha sido impresionante y sigue siéndolo ahora cuando las muchedumbres vuelven a sus hogares después de haber cumplido con su deber y su derecho. No ha quedado un alma sin depositar su opinión en los computadores. De los cerros han bajado, de los pue-

blos han venido, para dar prueba insustituible de responsabilidad patriótica. ¡Aquí hoy ha sucedido un milagro! Hoy hemos puesto a este país en el mapa mundial.

Después, en los diarios del mundo se publicaron avisos con el anuncio de la venta, y los deseosos de comprar «llegaron en aviones, en barcos y hasta quizá a pié» para medir, contar, ver, revisar, preguntar y calcular. Pero cuando la venta se perfiló como una realidad, «no produjo un júbilo universal y absoluto», sino que hizo surgir protestas que calificaron de inhumana

la venta. La respuesta inmediata la dan los intelectuales, que discuten hacer un pronunciamiento con los abajo firmantes. Preciosa afirma: «no debemos permanecer silentes y menos aún apocados ante ciertos ataques dirigidos hacia nuestro pueblo por núcleos extranjeros».

Pero la redacción del documento se agota en un palabrerío inútil, entre hablar de eludir o ignorar, entre hacer un manifiesto o una declaración, entre usar o no adjetivos, con discusiones sobre el canibalismo y la discriminación racial practicados en otros países, para concluir así: «La flagelación, la emasculación, la endoctrinación, y todas las demás prácticas harto conocidas que distinguen a muchas poderosas sociedades criminales contemporáneas, son más inhumanas que nuestra decisión de vender la tierra donde nacimos».

Es la primera argumentación para legitimar la venta del país. Además, vender es adelantarse al futuro, porque la desaparición de la nación con la venta se adelanta a la creación de las grandes unidades regionales e internacionales que superarán la «fragmentación nacionalista». Los habitantes de «Asia y el Lejano Oriente» autodeterminan su desaparición como nación y se adelantan al futuro. Después de que un personaje afirma «tenemos ya una abundancia de conceptos», los intelectuales proceden a darle título al manifiesto: Manifiesto de los Intelectuales de Asia y el Lejano Oriente, resumido en la sigla MIALO, que les parece horrenda, por lo que optan por

MIDALO. Satisfechos por tener texto y sigla, celebran.

Ese país tuvo una historia, dice un personaje, que sirvió para adornar parques con estatuas con inscripciones borradas que impiden conocer a los personajes esculpidos. Un consorcio internacional compró el país, al pagar el mayor precio y asegurar el menor riesgo. Solo resta esperar los barcos cargados de técnicos y administradores: «Si se ponen en práctica todos esos proyectos que ha anunciado el consorcio, olvidaremos muy voluntariamente. No habrá desempleo, todos tendremos vivienda adecuada, educación gratuita, salud controlada, me imagino que hasta un entierro digno asegurado. ¿Quién va a recordar?»

¿Quién va a recordar, en medio de un bienestar alcanzado sin esfuerzo que conlleva un olvido de la historia nacional, la pérdida de la identidad nacional y el desprendimiento de la más mínima responsabilidad consigo y con el otro? El consorcio les dijo que van a ser felices porque tendrán todas las cosas que siempre han querido. Así, ser patriota pierde sentido porque serlo significa amar la tierra donde se nació. Amar significa dar, y dar significa renunciar:

¿Qué podemos dar de nosotros mismos a esta tierra rica y bien situada? Solamente ambiciones individuales. Solamente hombres solos, cada quien abriéndose paso de la manera más rápida que pueda y siempre pretendiendo que esa es la mejor manera. Un pueblo formado de ambiciones de hombres solos tiene que buscar fuera de sí control y orden. La venta es eso: control y orden.

Alguna vez José Ignacio Cabrujas afirmó que Venezuela es un hotel, donde todos están de paso sin mayores responsabilidades, salvo las del papelito pegado detrás de la puerta de la habitación que ocupan. Uno de los personajes de Chocrón dice: «Llegará el día en que seamos extraños los unos a los otros. Seremos huéspedes de esta tierra, como podríamos serlo en cualquier otro lugar donde vayamos». Chocrón contrasta varias tesis frente a la venta. Algunos personajes se niegan a ir a pelear para salvar a la patria; viven porque les dieron vida, sin importarles el propósito de vivir salvo compartirla y amar; otros se plantean trascender. Por último, todos se preparan para recibir sus cheques:

Llegó la nuestra, / la hora de la venta, / de repartirnos el precio / de Asia y el Lejano Oriente. / Llegó el momento de entregar la patria / y recibir a cambio / cada cual su plata. / De aquí en adelante / seremos felices, / sin preocupaciones, / sin obligaciones, / cada ciudadano / será ahora un hombre / simplemente un hombre, / que come, que duerme / eructa, / fornicar, / venera a su madre / y se mete sus dedos en las narices. /... Quien quiera dinero para sueños, / quien no le importe tener un solo dueño, / póngase en órbita y siga el ejemplo: / ¡venda su pueblo a tiempo!

¿Una desilusión de la armonía?

«¿Podrá sobrevivir —madurar— un proyecto democrático de país, en una nación donde el presupuesto nacional, de la mañana a la noche, ha dejado de ser sobresaltadora fantasía? ¿Tendremos coraje suficiente para sustituir el falso relumbrón de las lentejuelas mayameras, por una pasión no lacónica que sirva a Venezuela? En los años por venir, a los venezolanos les toca la palabra y, sobre todo, les pertenece la acción». Así concluye Elisa Lerner su artículo «Venezolanos de hoy en día: del silencio posgomecista al ruido mayamero», en *El caso Venezuela: una ilusión de armonía*, proyecto dirigido por Moisés Naím y Ramón Piñango (1984).

Habían pasado casi veinte años desde que Isaac Chocrón interrogó al espectador sobre las relaciones del venezolano con su país. Como buen dramaturgo, había puesto en escena a personajes vivos, en interacción con su entorno, e imaginó un país en venta. Chocrón, seguramente con el respaldo de su formación como economista pero, más aún, con la sensibilidad del creador que vislumbra realidades más allá del sentido común, percibió inte-

rrogantes sobre las relaciones del individuo con su sociedad, entonces en proceso de modernización democrática y consolidación moderna gracias al petróleo. Betsy se siente defraudada por la negligencia en el comporta-

¿Quién va a recordar, en medio de un bienestar alcanzado sin esfuerzo que conlleva un olvido de la historia nacional, la pérdida de la identidad nacional y el desprendimiento de la más mínima responsabilidad consigo y con el otro

miento de un pueblo que tiene ante sí las mejores posibilidades para desarrollarse. Sol, después de reencontrarse con los suyos y su país, decide irse de nuevo de ese clima pegajoso y húmedo.

También Chocrón avanzó hacia una mirada más social, e imaginó un país en el que sus habitantes deciden venderlo, para desprenderse de la responsabilidad de dirigirlo y, tranquilos, vivir de la renta que obtienen con la venta. Una decisión demasiado sincera, sin duda, por la que sin subterfugios ni dobles morales un pueblo da un paso adelante y dice ¡basta, no me la calo más! Es el dedo en la llaga que pone Chocrón.

Naím y Piñango (1984: 544) afirman en su libro que «al lado de las grandes aspiraciones, coexisten otros dos rasgos en el venezolano de hoy: la frustración y el escepticismo». Habría que preguntar si hoy, 46 años después del estreno de *Asia y el Lejano Oriente*, no estamos en la misma situación. Al lado del innegable desarrollo alcanzado en los primeros 25 años de democracia (por ejemplo, «el número de instituciones de educación superior pasó de 9 en 1960 a 80 en 1981», p. 541), estos autores reconocen que «no ha existido un poderoso marco ideológico capaz de aglutinar esfuerzos, exigir sacrificios, postergar gratificaciones y dar un sentido de orientación al país» (p. 546). ¿Coinciden Naím y

Piñango en 1984 con Chocrón, quien habla en su obra de «un pueblo formado de ambiciones de hombres solos que tienen que buscar fuera de sí control y orden»? Simón Alberto Consalvi estima que, hoy, «no hay nadie que no

esté conmovido, preocupado por su futuro y, trágicamente, también por su vida» (Hernández, 2011: 33).

Los habitantes del país imaginado por Chocrón tomaron una decisión en correlación con un comportamiento colectivo despreocupado y evasivo, displicente. Una actitud nacional justificada por la posibilidad de vivir de una renta no trabajada y decididos a no vivir en conflicto. Una de las conclusiones de Naím y Piñango parece coincidir e interpretar la decisión tomada en *Asia y el Lejano Oriente*: «La riqueza del Estado y su obcecada y permanente resistencia a permitir que los conflictos naturales que existen en toda sociedad en transición lleguen a tener una expresión concreta y abierta constituyen, a nuestro juicio, un elemento indispensable para entender y analizar la Venezuela democrática». ■

REFERENCIAS

- Chocrón, I. (1956): *Pasaje (un relato)*. Caracas-Madrid: Edime.
- Chocrón, I. (1966): *Asia y el Lejano Oriente*. Caracas: Editorial Arte.
- Chocrón, I. (1968): *Teatro: El quinto infierno, Amoroso, Animales feroces*. Caracas: Dirección de Cultura, Universidad Central de Venezuela.
- Hernández, R. (2011): *Contra el olvido. Conversaciones con Simón Alberto Consalvi*. Caracas: Alfa.
- Naím, M. y R. Piñango (eds.) (1984): *El caso Venezuela: una ilusión de armonía*. Caracas: Ediciones IESA.

TIROS EN LA CARA: EL DELINCUENTE VIOLENTO DE ORIGEN POPULAR

ALEJANDRO MORENO, ALEXANDER CAMPOS, MIRLA PÉREZ Y WILLIAM RODRÍGUEZ



0212-555.42.63 / 44.60
ediesa@ies.edu.ve

El delincuente venezolano ha cambiado y las causas sociales que generan la violencia se han profundizado. *Tiros en la cara*, una obra del Centro de Investigaciones Populares, analiza con métodos novedosos (como entrevistas a los propios delincuentes) esta tragedia nacional y ahonda en el sistema de significados de la familia popular venezolana.